

www.cuadernosdelaberinto.com

EDITORIAL
CUADERNOS DEL LABERINTO



2006-2026

www.cuadernosdelaberinto.com

Pedro Amorós

EL LIBRO DE SUEÑOS
DE GUSTAVE LEMENIER



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN NEBULOSA, nº 14 —
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición y traducción en lengua española:

© CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © PEDRO AMORÓS JUAN

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Ilustración de cubierta © *A very interesting botanical mutation*. MichalEyal

Con la autorización de Depositphotos

Ilustración del autor en solapa © Miquel Mas

Diseño de la colección © ABSURDA FÁBULA

www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Primera edición: SEPTIEMBRE 2026

Depósito legal: M-22065-2026

I.S.B.N: 979-13-87751-25-8



www.cuadernosdelaberinto.com

*A la memoria de Miguel Ángel Paz,
amigo*

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

«La memoria de lo que fue
y nunca volverá a ser»

The memory of what has been,
And never more will be

WILLIAM WORDSWORTH

Three years she grew in sun and shower

www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

Prólogo	pág.	11
I. En el Café Procope	pág.	13
II. Interludio en el hospital	pág.	21
III. En el Bois de Boulogne	pág.	23
IV. Segundo interludio en el hospital	pág.	31
V. En la Place des Vosges	pág.	35
VI. Tercer interludio en el hospital	pág.	43
VII. En el Teatro de la Ópera	pág.	47
VIII. Cuarto interludio en el hospital	pág.	53
Epílogo	pág.	57

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

Siempre he deseado escribir un libro de sueños. Siempre me han interesado los sueños, esas historias que tienen lugar en la alborada, cuando la aurora inicia su despliegue radiante en el cielo, porque esas historias, fruto de la imaginación, jamás parecen tener fin, de tal modo que el escritor decidido a componer un libro de sueños se ve obligado, en todo caso, a intuir e imaginar el final del relato. La posibilidad de escribir ese anhelado libro de sueños me vino dada en circunstancias paradójicamente adversas. El 29 de enero de 2023 ingresé en el Hospital General Universitario de Elda después de haber sufrido un infarto. Me encontraba en Beneixama, el pueblo de mis padres, a pesar del frío que en esa época del año hace por esos parajes, cuando se produjo el problema cardíaco. Recuerdo haber estado dando tumbos en una ambulancia por Villena hasta llegar al hospital de Elda. Con el infarto, la situación, como tal vez uno se pueda imaginar, no era la más propicia para adentrarse en el mundo de los sueños. La realidad más cruda reaparecía en mi vida, como por ensalmo, sin previo aviso. Así ocurren estas cosas, por lo que uno debe mantenerse en alerta, preparado para cualquier evento no deseado. Durante los primeros días de estancia en el hospital, recuerdo que las desgracias parecían encadenarse sin fin, una detrás de otra, sin respiro. En esas condiciones es difícil pensar, y menos aún soñar. Pero en el séptimo día, como en la historia de las sagradas escrituras, llegó el descanso apacible. Todo empezó a

mejorar. Esa misma noche, un hermoso sueño me acompañó al alba: el encuentro en París, en una cafetería, de un escritor francés y una actriz norteamericana, a principios de los años treinta del pasado siglo. Esta fantasmagoría tenía un encanto especial, hasta el punto de que hubiese deseado no despertar jamás. Con sorpresa pude comprobar, además, que durante los tres días siguientes se repetían los sueños, al alba, con los mismos protagonistas, en París, pero en espacios diferentes. Sin embargo, llegado el décimo primer día de mi estancia en el hospital, fruto de la mejoría alcanzada, los cardiólogos me dieron el alta y me mandaron a casa. Los sueños experimentados a lo largo de esos días, en las noches de hospital, quedaron truncados para siempre. Pero esos cuatro sueños, derramados en circunstancias adversas y en un lugar insospechado, no me abandonaban, seguían en algún lugar de mi memoria esperando el momento de cobrar vida en el papel. Necesitaban salir a flote porque formaban parte de un todo, como el digno contrapunto de una realidad cruda que se desarrollaba a mi alrededor, en el hospital y en la habitación que ocupaba con otros compañeros enfermos. Es así como empezó a tomar forma el libro de sueños que presento ante el lector, como el contrapunto imaginario y necesario a la realidad que nos envuelve, a veces descarnada y difícil, con todos los matices que queramos añadir. El libro de sueños es un tapiz lleno de contrastes y colores diversos, fácil de digerir en cuanto realidad sublimada. Que lo disfruten. Vale.

GUSTAVE LEMENIER

I. EN EL CAFÉ PROCOPE

La femme portait une robe toute blanche, éclairée par le ciel de Paris. Sus ojos, más claros aún, sobrevolaban el periódico. Loretta Young leía, lentamente, la página del diario que hablaba de cine, repitiendo en voz alta las frases escritas en un bello y elegante francés por el escritor Gustave Lemenier. Sentía su corazón palpar en cada una de las palabras que había imaginado Lemenier. «La dulzura de sus ojos y de sus labios asombran al gentil Robert Colman, que acaba por caer rendido a sus pies en *The Devil to Pay*. Las imágenes están todavía lastradas por el cine mudo, pero hay una gracia y un encanto en esta película que permanecen en la retina del espectador una vez acabada la proyección. Loretta Young y Ronald Colman juegan y se divierten, como si el mundo empezase a girar por primera vez. Es puro gozo, pura alegría». Tras leer este párrafo, Loretta cerró los ojos y volvió a la infancia, quizá de forma instintiva. Desde pequeña siempre le habían fascinado las huidas hacia ninguna parte, las huidas abocadas al fracaso pero que encierran una ternura y una alegría esperanzadoras. El artículo de Lemenier tenía algo de esa pureza que se descubre en muy pocos escritores. Por eso, nada más leer el texto días atrás había llamado a su representante, porque quería conocer al escritor. Un verano de descanso en París podía alimentar su imaginación de nuevas ilusiones tras el fracaso de su matrimonio. Quería olvidar los oropeles de Hollywood, las llamadas telefónicas continuas, los caballeros que flirtean sin cesar, las

películas que se ruedan sin parar, las noches de fiesta que parecen infinitas. Deseaba dejar atrás Sunset Boulevard. Deseaba olvidar. Era su segundo verano en la capital francesa y empezaba a dominar un poco la elegante lengua de Montaigne. Con los ojos cerrados esperaba la llegada de Gustave Lemenier. Imaginaba un diálogo fuera de lo común con el escritor. De buena mañana se había preparado para el evento eligiendo un vestido de altos vuelos, de color blanco, y un sombrero vintage, del mismo color, que ya había empleado en algunas de sus películas en el cine mudo. Mientras se miraba en el espejo, su acompañante, Prudence, la mujer que cuidaba de todos los detalles de su vida privada, había realizado un gesto de aprobación. «Está usted radiante, señorita», había pronunciado, casi con lágrimas en los ojos. Loretta sentía auténtica devoción por Prudence, por estos gestos que parecían de otra época, por una actitud que estaba en consonancia con su edad, porque, efectivamente, Prudence superaba ampliamente los setenta años, pero la delicadeza de sus movimientos y de sus palabras lograba el misterio que sólo podían alcanzar determinados individuos: la vida parecía más dulce y amable cuando ella estaba presente. Loretta se sentía bien cuando pensaba en Prudence. Ella precisamente había sugerido el nombre del Café Procope, el más antiguo de París, situado en la rue de l'Ancienne Comédie. Loretta había llegado al café en un coche de caballos, adormecida todavía por el traqueteo continuo sobre los adoquines, con la sensación evidente de estar en un sueño o de penetrar en un sueño. Tras atravesar el dintel de la puerta del Café Procope, su mirada había quedado atrapada por la belleza de las lámparas y enredada en el ajedrezado del suelo. Para el encuentro